

*Solo podía sentir* aquella helante sensación que me contagiaba el roce con su mano; esa pequeña brisa cálida que salía de su boca, una brisa aspirante a crecer, a hacerse superior de lo que era en el momento, como había sido en tiempos anteriores. Su tez era casi tan blanca como las nubes del amanecer, nubes que tapan el sol, y que, a pesar de ello, dejan filtrar sus rayos y brillan como el mismo. Sus ojos verdes penetraban en todo aquello que mirase, con cierto carácter decadente, triste, agonizador; sin perder aquel brillo que tanto los caracterizaba, brillo que conseguía deslumbrar a cualquier otro alma perteneciente a este mundo. Aquellos ojos, iban acompañados de unas ojeras que soportaban el peso que parecían suponer, aquellas eran lo más colorido de su cara.

Aquel día 26 de noviembre de 2010, me encontraba *yo* en el hospital, sujetando la mano de la que durante muchos años había sido mi mejor amiga, mi compañera de vida. Con solo veintisiete años ella y yo estábamos presenciando sus últimos minutos en este mundo en el cual, habíamos compartido y construido nuestra amistad.

Ella no era una persona normal, era especial. Y no es que fuese la persona más original del mundo, a ella no le hacía falta teñirse el pelo de colores o vestirse de una manera diferente al resto para hacerse notar, ella aparentemente era alguien corriente, *como yo misma*, la cual destacaba entre todos dentro de su absoluta normalidad. Siempre solía llevar ropa oscura, nunca me olvidaré de sus gastados y rotos pantalones grises que combinaba con aquel jersey negro corto que tanto le gustaba. El motivo por el que siempre llevaba colores oscuros es que ella consideraba que le realzaban la figura, aunque a mi parecer le daban un toque elegante. Le gustaba llevar gafas de sol, ya que sus ojeras de primera hora de la mañana eran algo de lo que *yo*, digo ella, no se sentía precisamente orgullosa. El hecho de robar mis Dr Martens burdeos se convirtió en una rutina por lo que ya se convirtieron en una parte más de su armario. Su pelo en cambio no era precisamente algo que se pudiera dejar pasar, aquella melena rubia ondulada que le llegaba por la cintura era lo que a más de un alma le hacía girarse por la calle para poder contemplarla mientras ella se iba alejando. Siempre cubría su cara con mucho maquillaje, nunca lo pude entender ya que no le hacía falta, siempre me decía “nunca sabes cuando vas a necesitar ir guapa por lo que hay que ir guapa siempre”. *Yo sabía* que ella sabía reconocer su belleza, que al mirarse en el espejo una pequeña sonrisa le aparecía en la cara por lo que siempre que la miraba, estaba buscando cualquier superficie u objeto en donde poder reflejarse. A pesar de ello, ella siempre hablaba de sí misma como una persona insegura, alguien incapaz de reconocer sus virtudes. Cosa que no me terminaba de encajar ya que el resto del mundo suele utilizar su egocentrismo como arma mientras ella hacía todo lo contrario. No quería reconocer que se gustaba, siempre trabajaba duro para tener un buen físico, iba al gimnasio, hacía más o menos una dieta constante, aunque la interrumpía con sus escapadas nocturnas a la despensa. De todos modos, todo ese gimnasio y dieta hacían que tuviese un buen cuerpo indiscutible por nadie, menos aparentemente por ella.



No era una persona fuerte, de hecho, tenía una sensibilidad enorme; sacarle una lágrima era más fácil que hacer llorar a un bebé. Por eso mismo, no sabía esconder sus sentimientos, si algo bueno le pasaba, ella misma se encargaba de hacérselo notar a sus amigos e incluso enemigos. Quizá tuviese cierto problema con ser el centro de atención dentro de nuestro círculo más cercano; como defecto podría poner ese.

El primer día que la conocí, *si es que hubo uno*, tuve una sensación como si se me estuviera abriendo una puerta o una luz en el camino, ahí supe que era ella, ella era la persona con la que iba a compartir mi vida. No me di cuenta de lo valioso que ese momento era hasta en aquel momento en el hospital, en el que recordaba toda nuestra infancia, adolescencia y por así llamarlo madurez juntas. Quien diría que habían pasado ya veintiún años desde que la conocí, si trato de reproducir la película de nuestras vidas, *mi cabeza* hace pasar un fugaz flash como símbolo de lo poco que he sido consciente de la misma.

Y así recordando, con el paso de las horas, *había conseguido olvidar* en el verdadero momento en el que estábamos; te miré, me miraste y en tu más último aliento me dijiste "no te voy a olvidar", y que mejores palabras para el último segundo en el que el monitor que marcaba los latidos de tu débil corazón funcionaba, hasta que se volvió en una delgada línea, me soltaste la mano y dejaste de respirar.

"No quiero que te vayas, teníamos planeada una vida juntas y el cielo te reclama muy pronto; se que sea donde estés vas a esperarme, pero este mundo no va a ser lo mismo sin ti". Sentí como mi pensamiento retumbó en mi cabeza haciéndose un eco prolongado y duradero.

Es como si pudiese describir mejor a ella que a *mi misma*, y así horas y horas podría desconectar de este finito y despiadado mundo en el que actualmente me encuentro, para viajar a un lugar en el que los recuerdos son el único medio para sobrevivir, ahí ella y yo hubiéramos sido eternas.

Pero en realidad, nadie murió, quizá todo sea fruto de mi *imaginación*.

O quizá no.

